

B1C01 — Una herida en el mundo

Una herida en el mundo

La arena de Serephis crujía bajo sus botas acorazadas con un sonido como de cristal al hacerse añicos. Relucía, un desierto de obsidiana fragmentada y luz astillada que se extendía hasta un horizonte imposible. El aire era ralo, con olor a ozono y a la estática que precede a la caída de un rayo. Miguel lo inspiró profundamente, una bocanada medida que en nada calmó la tormenta de su interior. Este lugar era honesto en su hostilidad, una pureza de malicia que casi prefería a las mentiras doradas de la cámara de un consejo. Casi prefería la claridad de esta desolación. Su mano, enfundada en un guantelete de plata, fue a su cadera, y sus dedos se curvaron en torno a la empuñadura fantasma de un arma que sentía que *debía* poseer, un peso familiar que buscaba por instinto. Era el gesto de un soldado, de un comandante lejos de su legión, una vieja costumbre más difícil de matar que la fe.

Caminaba con un paso imposiblemente firme, lo único sólido en un mundo líquido. Su profunda soledad era un peso, pero también un escudo. Aquí no había rostros jóvenes y esperanzados que lo miraran en busca de respuestas que no tenía. Solo estaba la arenilla y el páramo infinito y centelleante. ¿Por qué elegiría alguien venir aquí? La pregunta era un fantasma en el umbral de sus pensamientos, pero ya sabía la respuesta. Nadie elegía Serephis. Uno era llamado.

Sobre él, el cielo no ofrecía consuelo. Era un hematoma de púrpura y ocre, difuminado e indistinto, sin un sol discernible que proyectara su sombra. La luz era un resplandor difuso y enfermizo que aplanaba el paisaje, convirtiendo la profundidad en un esfuerzo de cálculo constante y agotador. Recordó cielos de luz pura y armoniosa, los cielos empíreos de su hogar, y una punzada de nostalgia lo golpeó, tan aguda y repentina que pareció un golpe físico. El sentimiento se agrió rápidamente, cuajando en un resentimiento silencioso por este exilio, esta peregrinación demencial. Entrecerró los ojos, no contra ningún brillo, sino contra la pura incorrección de la luz, con los hombros tensos contra el lienzo opresivo y vacío que se cernía sobre él. Se sentía sin ataduras, a la deriva en un lugar donde las reglas fundamentales de la existencia habían sido reescritas por un dios loco e indiferente. ¿Qué guía a un hombre cuando la misma luz sobre su cabeza parece burlarse de todo orden?

Su guía no era la vista ni el oído. Era un pulso, un latido grave y constante que no sentía en los oídos, sino en los huesos, en la médula misma de su ser. El mundo exterior estaba en silencio, salvo por el crujido de la arena, pero en su interior, un tambor lejano marcaba su ritmo inexorable. Tenía la cabeza ligeramente ladeada, una postura de escucha que se había convertido en una segunda naturaleza,

aunque sus ojos permanecían fijos en el horizonte. Su paso se acompañaba al pulso de forma inconsciente, una marcha forzada a una cadencia que solo él podía oír. ¿Era una llamada divina o un engaño demoníaco? La pregunta era el corazón de su miedo, pues ya no podía distinguir la diferencia. Este latido silencioso e interno era a la vez su brújula y su maldición, un destello de esperanza desesperada en un pozo de pavor profundo. Era una marioneta, y su cuerpo sentía el tirón del hilo.

El origen del pulso, y de su viaje, era la herida. No era algo de carne y hueso. Ninguna hoja lo había atravesado, ningún fuego había abrasado su piel. Era una herida conceptual, un vacío tallado en la idea misma de su ser. Era una ausencia. No podía nombrar lo que le habían arrebatado, solo que una parte vital de su esencia, el núcleo de su naturaleza celestial, simplemente... ya no estaba. Sus dedos enguantados se cernieron sobre el punto en su pecho, sin llegar a tocar la placa bruñida de su armadura. Temía presionar, temía confirmar el vacío que yacía debajo. El aire en torno a ese punto se sentía más frío, una bolsa de cero absoluto en el calor centelleante del desierto. Casi podía ver la luz de su propia forma radiante doblándose a su alrededor, como la luz de las estrellas alrededor de un sol muerto. No era dolor, sino una náusea espiritual, la sensación de estar fundamentalmente incompleto. ¿Qué podría ser lo bastante poderoso como para herir un concepto?

Enderezó la espalda, la disciplina arraigada de un comandante en pugna con el desplome de su agotamiento. Era Miguel, Comandante Supremo de la Hueste Celestial. O lo había sido. Ahora solo era un errante, un comandante en un camino que sabía que su deber le prohibía. Un destello de rostros, afilados como espadas: los ángeles jóvenes y esperanzados de su legión, su fe en él tan brillante e inquebrantable como su fe en lo Divino. Sintió una punzada de vergüenza, un sabor amargo en la boca por haberlos dejado, por abandonar su puesto para seguir esta llamada interna y demencial. El calor centelleante que se elevaba de las dunas de cristal creaba espejismos en el horizonte: ejércitos fantasmales marchando, legiones espectrales enfrentándose en una guerra silenciosa e interminable. Forzó la vista al frente, lejos de los fantasmas del deber que había abandonado. ¿Qué podría ser más importante que su deber para con la Hueste?

La respuesta a esa pregunta lo aterraba. Temía que este viaje no fuera una búsqueda sagrada, sino el síntoma final de su fe desmoronándose, un descenso lento y silencioso a la condenación. Si este pulso, esta herida, era una mentira — una corrupción final y sutil del Enemigo —, entonces se habría condenado a sí mismo por nada. El pensamiento era más frío que la propia herida, una punzada de terror intelectual que amenazaba con paralizarlo. Dejó de caminar por primera vez en lo que parecieron días, con la cabeza inclinada ante una repentina ráfaga de viento que levantó la arena de cristal, su escozor como una acusación física. Su respiración era constante, pero era la calma forzada y medida de un hombre al borde de un precipicio, contemplando un abismo creado por él mismo.

Su certeza, antaño su mayor arma, era ahora su enemigo más peligroso. ¿Cómo se libra una guerra contra la propia alma?

Un recuerdo afloró, sin ser llamado. Era como intentar retener el humo. No había contexto, ni rostro, ni sonido de batalla. Solo estaba el eco de una gran luz que se extinguía, y un silencio profundo y resonante donde debería haber habido una canción. El latido en su pecho vaciló por un instante, y la propia quietud del desierto pareció profundizarse en respuesta. Sus ojos perdieron el foco, su mirada vuelta hacia dentro, hacia ese momento de pérdida, vacío y silencioso. Tocó de nuevo el punto en su pecho, esta vez no con confusión o miedo, sino con un luto profundo e inexplicable. Lo anegó una oleada de pesar tan aguda que casi lo puso de rodillas, una pena por una pérdida que no podía nombrar. ¿Qué se perdió en aquella batalla olvidada?

Sacudió la cabeza, reprimiendo el pesar. El pasado era un fantasma. Esta arena, este calor, este dolor en sus articulaciones... esto era real. Podía luchar contra esto. Se concentró en el dolor tangible, la fina arenilla vítrea que se había abierto paso hasta las juntas de su armadura, una irritación constante y chirriante que era casi un consuelo. Tomó una bocanada de aire deliberada y profunda, inhalando el aire caliente y cargado de estática. Apretó y relajó sus manos enguantadas, sintiendo el roce familiar del cuero y el acero. El pesar retrocedió, reemplazado por una resolución sombría y obstinada. Su cuerpo se sentía pesado, pero estaba anclado al aquí y al ahora. La resistencia física podía ser un escudo, un muro contra los fantasmas del alma.

Delante, una duna masiva de arena cristalina y centelleante se alzaba contra el cielo amoratado. Su superficie no era sólida, sino que fluía como un líquido, y su cresta cambiaba de forma constantemente. Lo vio como una metáfora de su propia fe. Lo que parecía sólido en un momento era traicionero al siguiente. La única constante era la atracción de la herida. Se acercó con cautela, probando el terreno fluido con la punta de la bota antes de confiarle su peso. Se movía con un centro de gravedad bajo, la cautela duramente ganada de un guerrero aplicada al simple acto de una escalada. La inestabilidad del mundo era una frustración, pero la claridad del desafío físico lo concentraba, afilando su propósito hasta convertirlo en una punta única y afilada. ¿Qué había más allá de este obstáculo?

Al coronar la duna, el viento amainó por completo. El silencio era absoluto, tan profundo que tenía peso, presionándolo por todos lados. En esa quietud aplastante, una escalofriante revelación floreció en su mente. Ya no rezaba pidiendo guía a lo Divino. Escuchaba el dolor de su pecho. Su brújula ya no era la luz del Cielo, sino la oscuridad en su interior. La admisión se sintió como una traición final y silenciosa, el chasquido del último hilo que lo ataba a su antigua vida. Se detuvo en la cima, con la espalda recta como una vara, y no miró hacia el cielo enfermizo, sino a su propio peto, donde se originaba el pulso. La culpa

seguía ahí, pero eclipsada por una aterradora sensación de libertad. Ahora él era su propia autoridad. Si no era la fe, ¿qué justificaría este viaje?

Desde lo alto de la duna, las estrellas se veían más claras. Pulsaban con luz, pero no al unísono. Algunas eran rápidas, otras lentas, una caótica amalgama de ritmos contrapuestos que creaba un despliegue vertiginoso y arrítmico contra el lienzo oscuro. Solía navegar guiándose por las armonías celestiales, la gran sinfonía de la creación. Ahora el cielo era una hermosa ruina, una gran orquesta que se desmoronaba en ruido. Intentó seguir una estrella con la mirada, encontrar su patrón, pero parpadeaba y cambiaba de tempo, desafiando la lógica. Sacudió la cabeza en un pequeño gesto de rendición. Sintió una profunda sensación de vértigo cósmico, de estar desconectado del propio fluir del tiempo. En un universo roto, ¿qué significaba siquiera la obediencia?

Una oleada de hastío lo anegó, más profunda que antes. Sintió que la luz de su propio ser, normalmente un manantial infinito de poder, se sentía finita aquí. Este desierto no solo drenaba el cuerpo; drenaba el alma. La luz ambiental pareció atenuarse ligeramente a su alrededor, el aire se volvió más frío como si el desierto se estuviera alimentando activamente de su energía. Tropezó, una rara señal de debilidad, y se apoyó en una rodilla antes de caer. De forma consciente, ciñó su aura más a su alrededor, una postura defensiva contra esta lenta y silenciosa consunción. Lo rozó un destello de miedo genuino, físico. No era inagotable. Su propia luz podía extinguirse. ¿Podría alcanzar su destino antes de que este lugar lo consumiera por completo?

Como en respuesta, el pulso en su pecho se aceleró. El latido grave se convirtió en un latido poderoso y resonante que pareció vibrar en el aire a su alrededor, haciendo que la fina arena de cristal a sus pies temblara al compás del ritmo. El debate en su alma había terminado. La duda, el miedo, el hastío... todo fue acallado por la fuerza pura de la llamada. Ya no era una pregunta ni una súplica; era un imperativo. Su zancada se alargó, su paso se aceleró mientras descendía por la otra ladera de la duna. Una nueva y feroz energía se sobrepuso a su agotamiento, con la mirada fija al frente. El miedo fue consumido por el ardor de la llamada. ¿Qué podía estar tan cerca como para llamar con tanta fuerza?

Rechazó la idea de que fuera simplemente un arma. Había comandado legiones armadas con espadas de fuego justiciero y escudos de fe absoluta, y no habían llenado el vacío. Lo que le faltaba, lo que anhelaba desesperadamente, era una respuesta. Una respuesta al vacío en su interior, al silencio donde antes había una canción. Deseaba volver a estar completo más de lo que deseaba la victoria. Su mano, que tantas veces había descansado cerca de la empuñadura fantasma de su espada, se movió ahora hacia su pecho, un gesto de búsqueda, no de agresión. El aire delante pareció despejarse ligeramente, la bruma de calor centelleante se disipó para revelar la línea oscura y sólida de una cresta lejana.

El suelo se volvió más firme a medida que caminaba, la cambiante arena de cristal dio paso a una roca negra y volcánica que se sentía sólida y real bajo sus botas. La cresta final era una línea austera y dentada contra el cielo caótico. El pulso era ahora un rugido ensordecedor en su alma, un sonido que era él y no era él a la vez. Sintió un instante de profunda vacilación en la base de la cresta. La respuesta estaba justo más allá. ¿Estaba realmente preparado para afrontarla? ¿Y si la verdad fuera peor que el misterio? Puso una mano sobre la roca fría, para estabilizarse, y tomó una última y profunda bocanada de aire, conteniéndola antes de comenzar el ascenso final. Se sintió como un buceador a punto de zambullirse en un abismo desconocido, con un potente cóctel de miedo y euforia recorriéndolo.

Hizo un voto silencioso. Lo que fuera que le aguardara —condenación o salvación—, lo afrontaría. Este era su camino ahora, y solo suyo. No se volvería atrás. El viento se levantó de nuevo, pero esta vez se sintió diferente. No era hostil, sino expectante, como si el desierto y las estrellas discordantes sobre él contuvieran el aliento con él. Se impulsó para subir los últimos metros de la cresta, sus movimientos económicos y potentes, las acciones de un soldado con un objetivo claro. No miró atrás, al desierto que había cruzado, a la vida que había dejado. Una sensación de paz fría y dura se asentó sobre él. La guerra interna había terminado; había elegido su bando. Ahora, entregado y resuelto, coronó la cresta para enfrentarse a su respuesta.